

1. El nacimiento de una nueva profesión: el Trabajo Social

Trinidad Banda Gallego

«Creo que la mejor vía para hacer el bien a los pobres no es hacer que se encuentren cómodos en la pobreza, sino dirigirlos o llevarlos para que salgan de ella.»

(Franklin)

«La clase obrera y la clase patronal no tienen nada en común. No podrá haber paz mientras millones de trabajadores sufran el hambre y privación, mientras la minoría formada por la clase patronal se apropie de todas las cosas buenas de la vida. Entre estas dos clases se ha de prolongar una lucha hasta que los trabajadores de todo el mundo se organicen en clase (...) y supriman la condición salarial. La misión histórica de la clase obrera es la de desembarrasar del capitalismo.» (Preamble of the World

la IWW, Industrial Workers of the World)

(Álvarez y Varela, 2004: 302)

1. Introducción

Hacer un recorrido y detenernos en el momento en que comienza a tener su aparición una nueva profesión es fundamental para los estudiantes que se incorporan a la misma, porque la falta de perspectiva histórica resulta empobrecedora para todos. Lleva a los investigadores sociales a errores de fondo y les impide distinguir entre fluctuaciones breves y tendencias a largo plazo. Representa un obstáculo para los ciudadanos que tratan de comprender la evolución actual. Ni los investigadores ni los ciudadanos tienen la clara sensación de que los problemas sociales que preocupan a la sociedad moderna hayan inquietado a nuestros predecesores. Y lo que es más significativo, nuestra ignorancia histórica nos impide muchas veces apreciar que las opciones que ahora se nos ofrecen son muy semejantes a las consideradas, ensayadas y rechazadas por generaciones anteriores, que tuvieron que

decidir también cómo cuidar a los ancianos solos, a las madres solas, de los niños sin padres o del padre de familia sin empleo (Thomson, 1990: 440). Es así como resulta de obligado estudio y referencia conocer, siquiera sea con una rápida mirada, las primeras formas en que se ejerce el Trabajo Social por las personas, hombres y mujeres que fueron nuestros predecesores en esta ocupación, que llegó a configurarse como profesión hace ya más de un siglo, desde organizaciones religiosas y laicas que intentaban dar solución a la pobreza, la creciente industrialización, el crecimiento urbano y, especialmente en Estados Unidos, a la inmigración. En los barrios bajos de las grandes ciudades fue donde tanto europeos como americanos descubrieron la nueva pobreza que estaba invadiendo la población.

Nos hacemos asimismo eco de las palabras de Miranda (2008: 11) acerca de la necesidad de conocer el origen de la profesión, sobre todo por parte de quien la ejerce o serán futuros ejercientes: «Nadie puede prescindir de sus orígenes. Una profesión, una disciplina que desconoce sus orígenes está obligada a inventarlos permanentemente». No hay nada que inventar, porque se conoce bastante bien quiénes fueron nuestros predecesores, cuáles fueron sus ideales, las primeras técnicas para el diagnóstico y el tratamiento, la voluntad de proceder a hacer reformas sociales desde la investigación de las causas que provocaban los problemas sociales, y cómo concebían la relación entre el usuario (cliente) y el trabajador social.

No es nuestro propósito aquí dedicarnos a indagar exclusivamente sobre los pioneros del Trabajo Social, sino más bien acercarnos al contexto, al pensamiento social y a las organizaciones que acogieron esta nueva forma de dar racionalidad y eficiencia a la ayuda social, y a partir de aquí dar contenido disciplinar a lo que comenzó siendo primero una ocupación para convertirse en una profesión, pasadas ya algunas décadas desde su nacimiento.

Hay un consenso generalizado en que el surgimiento del Trabajo Social de manera organizada surge en Inglaterra, a partir de la actividad de grupos y organizaciones que pretenden dar respuesta a los graves problemas sociales que aparecen a finales del siglo XIX como consecuencia de las transformaciones que se iban produciendo en la sociedad derivadas del proceso de industrialización. Estos problemas incitaron a la compasión de algunos sectores de las clases altas, que por su instrucción, cultura, medios económicos y espacios de ocio, tomaron conciencia del problema e intentaron buscar soluciones. La aparición por tanto de un personal especializado en favor de los indigentes sociales se sitúa en la época de la industrialización de la sociedad occidental.

Son las dos experiencias más significativas que surgen entre finales del siglo XIX y principios del XX, y que son las que dan origen al Trabajo Social: las Organizaciones Sociales de la Caridad y los *Settlements*. Ambas

nacen en Inglaterra, pero cuajan especialmente en Estados Unidos, donde llegan a tener su máximo desarrollo. De ambas experiencias trataremos ampliamente más adelante.

Las concepciones oficiales y populares de Estados Unidos en relación a la asistencia social no se diferenciaban en el siglo XIX de las europeas. En algunos aspectos, como el desarrollo de los centros de asistencia social y el movimiento de beneficencia de inspiración liberal, Estados Unidos era considerado un país especialmente adelantado (Ashford, 1989: 79) en el que los problemas sociales se consideraban con frecuencia como un infortunio temporal. Había también una fuerza especialmente poderosa, y era la creencia en que el trabajo duro producía el avance económico y, por tanto, la ayuda pública era considerada innecesaria. Veremos que las cosas llegaron a ser muy distintas, cuando se descubre cuánto de realidad había en las condiciones en las que vive y trabaja la clase obrera que dieron a conocer las múltiples investigaciones que se llevaron a cabo por los científicos sociales, escritores y periodistas especializados en investigación. Para que surgiera el interés por la pobreza fue precisa la condición de que se produjera un aumento de la riqueza, con la consiguiente mejora de las condiciones generales de vida, ya que sólo en una era de avance material, la miseria puede parecer un hecho incoherente. Un grupo notable de hombres y mujeres pensaba que no había excusa válida, ni en el plano moral ni en el económico, para la presencia de la miseria en medio de la abundancia y condenaron el sometimiento de la máquina como algo inhumano y poco prudente, y lamentaron, expresando su preocupación, los signos de crecimiento extrínsecos entre las clases sociales.

En la segunda mitad del XIX había dos posturas enfrentadas respecto a la pobreza:

1) La religión tradicional enseñaba, atendiendo al dictado de Jesucristo, que «siempre habrá pobres entre vosotros», que la pobreza era una visita que Dios hacía a los hombres, la voluntad, incomprensible pero benéfica, de Dios. Inspiraba a los ricos para que realizaran actos caritativos y llevaba a los pobres a seguir un comportamiento lleno de mansedumbre, paciencia y gratitud.

2) Frente a la postura anterior, la experiencia americana enseñaba que la pobreza era innecesaria. Cuando había trabajo para todos, ninguna persona que quisiera trabajar tenía por qué caer en la miseria. La indigencia era por tanto el castigo que recibían los no previosores por su propia falta de trabajo y de eficiencia. Lejos de ser una situación bendita, la pobreza era la consecuencia obvia de la pereza y el pecado. El americano decimonónico combinaba estos divergentes

puntos de vista dentro de un credo que decía aproximadamente lo que sigue:

La pobreza es innecesaria, pero las diferentes capacidades y virtudes de los hombres hacen que su presencia sea inevitable; esto constituye un estado de cosas deseable, puesto que sin el miedo a la miseria las masas no trabajarían y no existirían incentivos para que los capaces demostraran su superioridad; donde existe, la pobreza es generalmente un problema temporal, y tanto en su causa como en su remedio se trata siempre de un asunto individual.

2. Orígenes y contexto donde hace su aparición el Trabajo Social

El Trabajo Social nace en Inglaterra, concretamente en Londres, aunque su expansión a otros países fue inmediata, sobre todo caló hondamente en Estados Unidos. Es difícil establecer diferencias acusadas entre ambos países, por lo que las referencias serán comunes para ambos, donde el Trabajo Social nace como práctica social, como ocupación primero y como profesión después. El contexto es similar, por cuanto las condiciones reinantes impuestas por la revolución industrial, de miseria y pobreza de la clase trabajadora, fueron muy similares. Comenzaremos, no obstante, por la situación existente en Inglaterra, que es donde tuvo sus primeras experiencias el Trabajo Social.

En Inglaterra, a lo largo del siglo XIX, se produce un aumento espectacular de la población, sostenido por un estable incremento de los nacimientos. Aunque hasta mediados del siglo XIX la población era aún eminentemente rural, las ciudades iban agrandándose y atrayendo cada vez más el incremento demográfico que se registraba en el campo. La consecuencia más inmediata fue el hacinamiento de la población en los barrios periféricos de las ciudades, conocidos en Inglaterra con el nombre de *slums*. El hacinamiento, la suciedad, la falta de hábitos de higiene, la mala alimentación, etc., eran las fuentes de las graves enfermedades, que no distinguían entre ciudadanos, y aunque solían confinarse en los barrios más bajos de las ciudades, también podían aniquilar a los ricos.

La población tenía una cobertura mínima para hacer frente a las necesidades más perentorias a través de las *Leyes de Pobres*, que fue el sistema más perfecto, pero no por ello el mejor. El gasto en el socorro a los pobres había crecido enormemente a lo largo del primer tercio de siglo XIX, porque como el socorro de la parroquia era fácil de obtener, era corriente despedir a la gente durante el mal tiempo, para ahorrarse sus salarios. Ello acentuaba el descontento por este estado de cosas y preparó el giro que habría de

dar el *Nuevo Derecho de Pobres*, que se concretará en la Ley de Pobres de 1834, convirtiéndose en la referencia central de una parte de los debates sobre la política social en Gran Bretaña, que se convirtió en el prototipo de la reforma social británica durante mucho tiempo.

La preocupación por la pobreza es importante por todo aquello que omite, es decir, la relación de la reforma social con otras muchas cuestiones, como la mejora de la fuerza de trabajo o el ajuste de la industria a las necesidades sociales y las condiciones laborales. La escena política durante el primer tercio del siglo XIX se vio animada por un gran debate entre las posiciones a favor o en contra (Castel, 2004: 218) de la abolición de las *poor laws*, es decir, la «caridad legal» que aseguraba en principio un ingreso mínimo a todos los indigentes.

La modificación de las Leyes de Pobres estuvo dominada por un problema específico, a saber, que el coste de la ayuda a los pobres se había triplicado entre 1776 y 1802. La revolución industrial contaba ya con medio siglo de antigüedad en Gran Bretaña, pero el poder político seguía en manos de los terratenientes, cuyo interés consistía, sobre todo, en tratar de evitar que recayeran sobre ellos los costes de asistencia a los trabajadores del campo que habían emigrado a las ciudades o que se habían quedado sin recursos en sus propias localidades. La tendencia abolicionista de este sistema de ayuda tan gravoso se puso en duda por los economistas, encabezados por Malthus. La legislación reformada de 1834 era una ley defensiva, instauró en realidad un nuevo sistema de socorro público. Introdujo una noción demasiado rígida de los beneficios sociales y de las razones por las que las democracias asumían tareas de índole social. La disposición capital de la Ley era la obligatoriedad de la *workhouse*, sistema muy duro, donde se impone el trabajo obligatorio de los indigentes en condiciones a menudo inhumanas, una forma bastante brutal de comprobar la situación de necesidad. Pero era un sistema centralizado nacional, que se pretendía homogéneo y financiado con fondos públicos, no un intento de construir un sistema donde pudieran tener cabida los problemas sociales futuros. Los funcionarios encargados de su aplicación advirtieron de lo disparatado y cruel que resultaba esta forma de prueba, y de hecho la norma se cumplió de manera desigual. Chadwick explica orguñosamente: «Si el solicitante no se aviene a las condiciones en que se otorga la ayuda, no se le da nada; y si se aviene, su consentimiento prueba la veracidad de su petición, es decir, su indigencia» (Ashford, 1989: 87). Todavía en 1909, un ministro liberal decía que un «hombre decente», incluso si no mediaba culpa alguna por su parte, podía ser recluido forzosamente en una *workhouse* «para el bien general del cuerpo político».

Otra idea que se refleja en la Ley de Pobres de 1834 es la veneración de la ética del trabajo que incluía el principio de *less eligibility*, de la menor deseabilidad: «La vida a expensas de la beneficencia debía de ser una opción

menos elegible (menos deseable) que la vida ensalzada por el trabajo» (Patterson, 1993: 42). Este es un principio que reina unánimemente en las políticas sociales: el socorro y la asignación de recursos deben ser siempre inferiores a las retribuciones más bajas que un individuo podía obtener con una retribución «normal» (Castel, 2004: 140). De modo que, para entrar en este sistema, hay que estar reducido a la necesidad más extrema, verse coaccionado por una fuerza exterior o por el miedo.

Como señala sir Edwin Chadwick, discípulo de Bentham, en el debate de 1834 sobre la Ley de Pobres: «Al igual que el trabajo es la fuente de la riqueza, la pobreza es la fuente del trabajo» (Ashford, 1989: 82). El aceptar la miseria como condición natural del trabajo implicaba que el camino hacia una concepción más constructiva de la relación entre los salarios y la política social quedaba bloqueado.

Ashford (1989: 91), cuando estudia las corrientes de pensamiento en la búsqueda de ideas reformistas para el Estado de Bienestar Británico, habla de tres corrientes: Una corriente de pensamiento reformista (eduardiano) fue la de Herbert Spencer, que propuso el darwinismo social como un nuevo credo. Otra corriente de pensamiento que tuvo un impacto muy directo fue el movimiento de la beneficencia (*Charity movement*), inspirado en el movimiento evangélico del siglo XIX². Dicho movimiento quedó consolidado en 1869 con la constitución de la Organización Social de la Caridad (*Charity Society Organization*). Fue patrocinada por la reina y por el arzobispo de Canterbury. El secretario durante cuarenta años fue Charles Steward Loch (joven reformador liberal), una de las voces más importantes de la reforma social británica. Prestó sus servicios en las comisiones reales para los ancianos pobres (1883-1895), los deficientes mentales (1904-1908) y las Leyes de Pobres (1905-1909). De los diecinueve miembros de la Comisión de las Leyes de Pobres, seis estaban vinculados a la Organización Social de la Caridad, y Octavia Hill, una de los miembros más activos de la Comisión, era una infatigable trabajadora en las organizaciones benéficas en los tugurios de Londres, concretamente en el distrito de Marylebone. Dicha Organización se opuso a todos los proyectos de pensiones presentados en los años ochenta y noventa, pero concentró sus ataques en las Leyes de Pobres. Las objeciones del movimiento de beneficencia a las formas actuales de ayuda a los pobres no implicaban una negativa a que se les prestara asistencia, sino más bien el que ésta debía ir unida a una vivienda digna, la atención a la salud y a la familia. En realidad, su visión de estas últimas era bastante razonable: la asistencia social sin la atención individual que ayuda a las víctimas de la pobreza a volver a una vida normal y productiva suele conducir al fracaso.

Las propuestas del matrimonio Webb podían haber constituido otra corriente, pero no lo fue porque no pudieron conseguir unos seguidores tan

entregados como los que reunieron los pensadores socialistas de Francia y Alemania. No mostraron demasiado interés por el movimiento obrero. Se mostraron intolerantes con el proceso de la política social. Por ejemplo, Beatrice Webb, al tener noticias en 1911 de los proyectos, escribió en su *Diario* que el seguro de invalidez era un gran error porque los trabajadores «deben ser inducidos a tener una conducta mejor» y también por que el Estado «no obtiene nada a cambio de su dinero» si los trabajadores reciben una compensación sin condiciones. Por su parte, Sydney Webb escribió que «el gasto máximo justificable a favor de cualquier persona es aquella cantidad que le permite mantener su plena eficacia laboral». Sin-tonizaban poco con la concepción de que una sociedad rica podía permitirse proteger a los menos favorecidos y a los pobres, incluso dando por supuesto que los medios más idóneos para lograrlo podrían ser sometidos a debate.

El Estado de Bienestar británico no fue, a juicio de Ashford, un producto de la política en sentido estricto, sino un producto de la oportunidad política que utilizó para sus propios fines la reflexión y las investigaciones de toda una generación.

3. La influencia del pensamiento maltusiano en los primeros trabajadores sociales

La actitud dominante, cuando tiene sus comienzos el Trabajo Social, era esencialmente maltusiana. Malthus (1766-1834) identificaba la pobreza como falta de previsión, pero la justificaba como instrumento de progreso y laboriosidad. Para las personas sin medios, Malthus tenía la respuesta perfecta: «Resulta, pues, que en virtud de las ineludibles leyes de nuestra naturaleza, algunos seres humanos deben sufrir escasez necesariamente. Estos son los desgraciados que en la gran lotería de la vida han sacado un billete en blanco» (1970: 165). Era un adversario declarado de la beneficencia pública, de las Leyes de Pobres inglesas, de las que era también un adversario insistente, por lo que debía ser abolida, porque tiende a incrementar la población sin incrementar de forma paralela la producción de alimentos para sostenerla y porque el gasto en personas no productivas recaía en el conjunto de la sociedad. Pensaba que estas leyes, en cierta medida, crean los pobres que luego tienen que mantener. Las provisiones del país, como consecuencia del aumento de población, deben distribuirse en partes más pequeñas para cada uno, por lo que resulta evidente que el trabajo de quienes no reciben la ayuda de la beneficencia pública tendrá un poder adquisitivo menor que antes, con lo cual crecerá el número de personas obligadas a recurrir a esta asistencia.

La caridad, ya fuera pública o privada, no remediaba la falta de previsión causante de la miseria de los pobres, ya que éstos habían producido su propia desgracia, y la ayuda no era más que un incentivo para agravar el problema. La ley no tiene ninguna fuerza para poder convertir al hombre vago en laborioso, al manirroto en previsor, o al borracho en sobrio; aunque todo individuo puede ser cada una de estas cosas y todas, si quiere, por el ejercicio de su propio y libre poder de acción y autonegación. La conclusión queda clara: el pobre no puede culpar a nadie de su pobreza, sino sólo a sí mismo. Era pobre por su culpa y no merecía ayuda. Es más, el ayudarle podía desanimarle y desalentar también a otros de tratar de redimirse por su propio esfuerzo. En ellos mismos estaban las causas de su pobreza, y en ellos estaba la solución. Arremete contra las organizaciones obreras, que pretendían mantener elevado el precio de la mano de obra y que nadie trabajara por salarios inferiores a un límite previamente establecido. Está asimismo en contra de crear manufacturas con el objeto de dar empleo a los pobres, porque sería una competencia para los trabajadores independientes que se dedicaban a fabricar artículos de la misma clase. En definitiva, y como dicen López y Ortiz (1996: 207): «El gran objetivo que no hay que perder de vista es mantener al pueblo de manera que pueda sobrellevar la miseria presente, con la esperanza de tiempos mejores».

De conformidad con estas ideas, se concentró la atención no sobre las causas fundamentales de la pobreza, que eran difícilmente apreciadas y menos aún comprendidas, sino sobre su más hiriente manifestación: la situación de los trabajadores y sus familias. Éste es un error que se pondría de manifiesto cuando, a finales del siglo XIX, investigaciones sociales como la realizada por Charles Booth sorprendieron a la opinión pública, demostrando que el verdadero problema no era el *pauperismo*, sino la *pobreza*; y la *completa incapacidad* de mucha gente para vivir por sus propios medios, por razones completamente ajenas a su voluntad. Este tipo de investigaciones fue, en principio, rechazada por los primeros trabajadores sociales.

Esta investigación y otras muchas que la siguieron desmienten claramente la teoría de que la pobreza es siempre culpa del individuo y que el sufrimiento humano era producido por salarios insuficientes, falta de espacios de ocio, medio ambiente deprimente, habitaciones insalubres, enfermedades, etc. Contribuyó a popularizar la idea de que la mejora moral de los pobres dependía de la mejora de sus condiciones económicas y de vida, idea totalmente contraria al principio individualista (si se enseña a los pobres que lleven una vida ajustada a la moral, los problemas económicos desaparecerían). Esta opinión no estaba acorde con la realidad de los hechos: el pobre era víctima, no culpable.

Éste fue el credo dominante durante gran parte del siglo XIX. La debilidad de este planteamiento reside en no reconocer que la sociedad sufre,

que estaba siendo aliviada generosamente con una mano, era en muchos casos producto de los males que le venían producidos por la otra. La conciencia de este hecho se fue dejando sentir de forma lenta, pero su descubrimiento fue la contribución peculiar del siglo XIX al bienestar social. En gran medida, el descubrimiento fue el fruto de hombres y mujeres que entregaron sus vidas y sus fortunas a la filantropía.

También veían el problema en las ayudas de la beneficencia pública, que tenían que desaparecer. Como producto de este pensamiento, juzgaban más importantes los cambios morales en el carácter que los cambios sociales o la simple ayuda material; por ello estaban en desacuerdo con la donación de limosna sin más.

Los filántropos ilustrados del XIX demostraron las limosnas como algo menos beneficioso para los pobres que la guía en el camino de la moralidad y la autodisciplina. Tanto Herbert Spencer, y sus seguidores, como los darwinistas sociales, que aplicaron la biología darwinista al pensamiento social, pensaban que la competencia era la ley de la vida; no habría, por tanto, otro remedio para la pobreza que la autoayuda. De acuerdo con el credo de la autoayuda, tan censurable era obtener la riqueza sin haber trabajado para conseguirlo, como lo era ser pobre como consecuencia de la holgazanería. En la práctica, aunque también se producían las críticas al rico ocioso, se dejaban oír con menor frecuencia que las condenas a los pobres holgazanes. Los pobres que seguían siendo pobres debían pagar el tributo pedido por la naturaleza a todos los incapaces. Cualquiera interferencia a su favor, independientemente de por quién fuera emprendida, por el Estado o por filántropos, no sólo sería insignificante, sino absolutamente peligrosa. Proteger a los débiles en la lucha por la existencia no sólo permitiría que éstos se multiplicaran, sino que no llevaría a otro resultado que no fuera el de un desastroso debilitamiento de las especies; amenazaría el plan de la naturaleza de un progreso automático y evolutivo hacia las formas más elevadas de la vida social. Durante muchos años los problemas de los inquilinos de las viviendas en las grandes ciudades, o de los trabajadores desempleados en las colas del pan, siguieron discutiéndose como si quienes la sufrían fueran gentes perdidas que vivirían en una comunidad de frontera. Sin embargo, bajo el impacto de los cambios sociales e industriales, las inadecuaciones y las falacias de la explicación individualista se hicieron más obvias y sus críticos fueron haciéndose gradualmente más numerosos y expresándose cada vez de una forma más abierta. Herman Melville, en 1854, se movía de las calumnias de los pobres hechas por los prósperos: «De todas las ridículas creencias de la humanidad sobre la humanidad, ninguna supera a las críticas que, sobre las costumbres de los pobres, hacen los que viven bien, están bien vestidos y bien alimentados».

El pensamiento social dominante era, por tanto, de un individualismo extremo, por el que la causa de la pobreza estaba, no tanto en la forma en

que la sociedad estaba organizada, sino en los defectos individuales del carácter: pobreza, ociosidad, negligencia, mala administración, alcoholismo, juegos de azar, etc.

El individualismo como forma de pensamiento se conformaba por una serie de premisas:

- a) La pobreza era innecesaria, pero las diferentes capacidades y virtudes de los hombres hace que su presencia sea inevitable.
- b) La pobreza es generalmente un problema temporal y tanto su causa como su remedio es un asunto individual.
- c) La competencia es la ley de la vida, no habría otro remedio para la pobreza que la autoayuda, siguiendo el camino de la moralidad y la autodisciplina.
- d) Todos tienen la oportunidad de ascender desde el lugar más bajo de la escala social.
- e) Si se consigue llevar una vida ajustada a la moral, los problemas económicos de los mismos desaparecerían.
- f) Si el individuo fracasa en la obtención de una competencia, la falta estaba en la debilidad o defecto de su propio carácter.
- g) Los méritos socialmente irresponsables de conseguir riqueza podían verse compensados por la liberalidad a la hora de hacer «caridades».

4. ¿Cuáles son los factores que influyen en la aparición del Trabajo Social?

Un libro clásico como el de Friedlander, *Dinámica del Trabajo Social*, refiere que nace como articulación de dictámenes religiosos, ansias de reforma social, voluntad filantrópica, consecuencias estructurales y deseos de justicia social. Todos estos elementos se conjugan para institucionalizarse una actividad asistencial como especialización a favor de las clases más desfavorecidas en el proceso de industrialización.

Los factores principales que, desde nuestro punto de vista, influyeron en la filosofía social y la aplicación práctica de la asistencia a los pobres y la aparición del Trabajo Social como profesión fueron:

- a) Los movimientos de investigación y reforma social.
- b) El nacimiento de las ciencias sociales.
- c) La acción interventiva del Estado.
- d) El movimiento de las Organizaciones Sociales de la Caridad.
- e) El movimiento de los Asentamientos (*Settlements*).

Todos los factores anteriormente mencionados no pueden verse como independientes unos de otros, ni con orden de prelación, sino que todos ellos se conjugaron en distintos momentos para dar lugar al origen del Trabajo Social profesionalizado, desde dos tipos de organizaciones sociales que son consideradas como los primeros ámbitos laborales, desde las que los prototrabajadores sociales, conocidos como visitantes amistosos, visitantes voluntarios, visitantes amigos, intentaban ayudar a los pobres a través de la persuasión y el ejemplo personal, o bien como residentes en las casas de vecindad, en una especie de misión urbana, para llevar a sus habitantes cultura, entendimiento, bienestar, amistad, etc. Son dos organizaciones diferentes, que son conocidas como las Organizaciones Sociales de la Caridad y los Establecimientos o Asentamientos, y a las que por su importancia dedicaremos dos apartados específicos.

4.1. Los movimientos de investigación y reforma social

Abordar este apartado es imprescindible porque las conexiones que hubo entre el nacimiento de la sociología, especialmente la norteamericana, las reformas sociales y la incipiente profesión de Trabajo Social son muy profundas. Los intereses de los sociólogos de Chicago confluyen con los de los trabajadores sociales y con los de los reformistas sociales de la época al considerar la ciudad como un espacio de conflictos que debía ser objeto de observación. La ciudad, por tanto, se convierte en el principal laboratorio de observación de los científicos sociales. En una democracia liberal es literalmente cierto que el primer paso hacia la consecución de la reforma es explorar y difundir el conocimiento sobre las realidades de la situación existente. A finales de los años noventa del siglo XIX se había dado ya un paso hacia delante para la acumulación de hechos sociales. Después del cambio de siglo el estudio de la humanidad iba a ser llevado hacia delante con un vigor que imprimió su tono característico al clima intelectual de la era del progreso. En Estados Unidos había escasez de conocimientos sistemáticos sobre la pobreza porque una gran mayoría de norteamericanos del siglo XIX estaba convencida de que ser pobre era el fruto de una mortificación personalmente autoinfligida. Había pocos crímenes que fueran más censurables que la incapacidad para ganarse la vida. Esta actitud tuvo el resultado de que la mayor parte de la investigación sociológica que se emprendió antes de la década de 1890 se dirigiera hacia el pauperismo y el delito. La sociología americana nace en un clima de opinión profundamente marcado por el espíritu de reforma. En Norteamérica la gran cuestión de la democracia ya no era cómo conseguir la igualdad, sino más bien cómo ha-

cer coexistir la diversidad de razas, que crecía sin cesar al ritmo de la llegada de nuevas oleadas de inmigrantes. En las ciencias sociales imperaba el darwinismo social de inspiración maltusiana³ que servía de soporte al elitismo y al desprecio por las masas. Sin embargo, en Estados Unidos, y más concretamente en Chicago, no triunfó el darwinismo social, sino la idea de que la conducta de los seres humanos no hunde principalmente sus raíces en la herencia, sino más bien el medio social, de modo que las conductas individuales son inseparables de las condiciones de vida en las que los individuos se desenvuelven. Fueron por tanto críticos con el darwinismo social y la filosofía del *laissez faire*:

La supervivencia de los más aptos es simplemente la supervivencia de los más fuertes, lo que bien podría denominarse la destrucción de los débiles. Y si la naturaleza progresa mediante la destrucción de los débiles, el hombre progresa con la protección de los débiles (Menand, 2002: 310).

Entre los sociólogos de Chicago subyace siempre la creencia de que la sociedad puede mejorar si se combinan bien los diagnósticos atinados de los problemas sociales con el reformismo social y con la defensa de los ideales democráticos. La sociología, el activismo político y el Trabajo Social se movían en terrenos muy próximos, tan próximos que las fronteras de separación entre ellos resultaban borrosas. Miranda (2004: 178) hace igualmente referencia a que en estos momentos las identidades profesionales están escasamente construidas, así como las fronteras entre disciplinas, por lo que la investigación que se produce lo mismo podrían ser estudios de Trabajo Social, sociología, antropología, etnografía o todo ello a la vez.

Desde 1820 hasta finales de siglo habían entrado en Estados Unidos casi veinte millones de inmigrantes de muy diferentes nacionalidades y grupos étnicos. Alberto R. Parsons, periodista, anarquista, editor de *La Alarma*, y miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores, pronunció en un juicio⁴ un discurso en el que decía, entre otras cosas:

¿Qué es la cuestión social? No es un asunto de sentimiento, no es una cuestión religiosa, no es un problema político; es un hecho económico externo, un hecho evidente e innegable. Tiene, sí, sus aspectos emocionales, religiosos y políticos, pero la cuestión es, en su totalidad, una cuestión de pan, de lo que diariamente necesitamos para vivir. Tiene sus bases científicas, y yo voy a exponeros, según los mejores autores, los fundamentos del socialismo (Álvarez y Varela, 2004: 271).

Por su parte Samuel Fielden afirmaba que:

La cuestión social es una cuestión tan europea como americana. En los grandes centros industriales de Estados Unidos el obrero arrastra una vida miserable, los niños perecen prematuramente aniquilados por las penosas tareas a las que tienen que dedicarse; ¿cómo puede golpear tan duramente la pobreza a quienes con su trabajo generan la riqueza? (Alvarez y Varela, 2004: 271).

La investigación llevada a cabo por la Escuela de Chicago nace íntimamente vinculada al Trabajo Social y al periodismo de investigación, con reportajes bien documentados promovidos por periodistas comprometidos, que tenían como una de sus misiones conover a la opinión pública. El presidente demócrata Roosevelt, quien durante sus dos mandatos confirió un fuerte impulso al reformismo social, designó en 1906 a estos activos reporteros con el nombre de *muckrakers*, un término que se impuso en el lenguaje cotidiano para designar a los escritores especializados en la denuncia de la corrupción y otros males sociales.

El Trabajo Social, el periodismo de investigación, la literatura comprometida, las encuestas y las monografías habían abierto el camino para realizar observaciones puntuales y participar activamente en la observación social.

En las dos últimas décadas del XIX se realizaron numerosas investigaciones sobre el trabajo de las mujeres y también sobre el trabajo de los menores, aunque era muy difícil obtener información fiable. Florence Kelley fue la investigadora que en los años 1890 estaba mejor informada sobre el trabajo de los menores en Estados Unidos. En 1896 dijo ante el Congreso Nacional de Instituciones de Caridad y Corrección que tres años de experiencia como inspectora de trabajo en las fábricas le habían convencido que la reglamentación del trabajo de los menores era imposible. La única vía para acabar con los males relacionados con ello era la prohibición total del trabajo de los niños menores de 16 años.

La mayor parte de los americanos daban por supuesto que los niños pobres tenían que trabajar y suponían, en su fuero interno, que para ellos era bueno hacerlo. La legislación que se promulgó sobre este tema en cerca de la mitad de los estados antes de 1896 era acorde con esta visión. Por lo general, las leyes se aplicaban sólo a las manufacturas, únicamente los niños más pequeños (menores de 10 años en algunos estados, de 12 a 14 en otros) quedaban excluidos del trabajo, y se permitía a los más mayores trabajar diez horas diarias. Era conocido por todos que las restricciones legales eran violadas con frecuencia mediante la falsificación de la edad. Las leyes de enseñanza obligatoria destinadas a alejar a los menores fuera de las fábricas y las minas hasta que hubieran obtenido por lo menos un certificado de estudios primarios, en la mayoría de los estados, estaban redactadas de forma tan vaga y aplicadas tan laxamente que muchos pensaban que eran una

«farsa». La consecuencia del trabajo de los menores es que cuando entraban en la madurez, arrastraban un pesado handicap de ignorancia y de debilidad física por el que muchos de ellos jamás podrían llegar a ser autosuficientes. Era una falacia popular que los repartidores de periódicos y los limpiabotas, cuando se hicieran mayores, podían llegar a ser capitanes generales y millonarios; por el contrario, la mayoría se convertirán en porteros y taberneros.

Respecto a la bebida, a lo largo de todo el siglo XIX se aceptó la idea de que ésta era una de las causas más importantes, si no la única, de la pobreza. Pero a medida que avanza el siglo se asignó al alcohol un papel menos importante como causante de la miseria. El alcoholismo era más la consecuencia, el resultado de la pobreza, que su causa.

Otro problema que presentó un enorme interés fue el de la vivienda, que se conexiona directamente con el problema del alcohol y la taberna. Paine (presidente de los Establecimientos de Caridad Asociados de Boston) pensaba que la mejora de las viviendas de los pobres era un paso preliminar necesario para la eliminación del alcoholismo. Se pensaba que las frecuentes visitas a la taberna era algo que debería esperarse en personas que vivían en cuartos demasiados hacinados como para estimular su utilización para cualquier otra cosa que no fuera comer y dormir.

La suerte de los trabajadores era otro de los temas de discusión favoritos entre los reformadores y las feministas de mediados de siglo. La obra de Louise May Alcott, aunque no se publicó hasta 1873, *Work*, describía las condiciones de distintos trabajos femeninos en los años cincuenta. En uno de los pasajes dice: «La mejor respuesta para quienes aconsejaban a las jóvenes que fueran a trabajar como sirvientas o como empleadas fabriles era: intentadlo vosotros».

Las investigaciones sociales contaban con fondos privados, provenientes del mecenazgo de financieros, hombres de negocios y miembros acomodados, pero sobre todo el apoyo económico decisivo fue de John D. Rockefeller, el propietario del monopolio de la industria del petróleo, la Standard Oil Company.

Con todas estas investigaciones, la ciudad se convirtió en un laboratorio social por excelencia, porque el proceso de urbanización es algo más que la concentración de la población, implica además modos de vida y expresiones culturales específicas. La ciudad del capitalismo decimonónico da lugar a los primeros estudios y denuncias de una nueva problemática social: la miseria de las clases trabajadoras y sus deplorables condiciones de vida, donde el nuevo orden capitalista se manifiesta como desorden urbano. La Escuela de Chicago tenía a esta ciudad como un objeto privilegiado de estudio, porque la ciudad creció rápidamente por la llegada de inmigrantes de características étnicas y sociales muy diversas, que la sumían de forma al-

ternativa en el desarrollo y la desorganización social. A juicio de Susino (2005: 575), los dos ejes de investigación básica fueron la segregación espacial de la población y la ciudad como expresión cultural.

En Norteamérica, la gran cuestión de la democracia ya no era cómo conseguir la igualdad, sino más bien cómo hacer coexistir la diversidad de razas, que crecía y crecía sin cesar al ritmo de la llegada de nuevas oleadas de inmigrantes.

En los inicios de la sociología de Chicago se pueden percibir los deseos de los sociólogos de contribuir a mejorar la sociedad, y la sociología es ante todo considerada como la ciencia de los *ideales sociales* (Álvarez y Varela, 2004: 277). El propio Albion Small⁵, en la durísima huelga Pullman⁶ de 1894, participó como miembro de la comisión mediadora para resolver el conflicto, y Jane Addams, desde muy pronto, comenzó a escribir sobre el trabajo invisible de las mujeres en el servicio doméstico, una industria sin garantías sociales. En esta sociología práctica, vertida en la objetivación de los problemas sociales, debió de jugar un papel muy importante el Trabajo Social que se realizaba en la Hull House, pero también la visión de una sociedad con una colección de problemas, como un perpetuo conflicto de intereses. Albion Small en 1896 pensaba que la función social del sociólogo es «cooperar con el Trabajo Social de su comunidad». Años más tarde, Charles H. Cooley comparaba el Departamento de Sociología de Chicago con «una guardería de trabajadores sociales» que se preparaban para salir al exterior y «ayudar a levantar una democracia mejor» (Álvarez y Varela, 2004: 279).

En la Universidad de Chicago se produjo un crecimiento exponencial de la sociología que se nutrió en un principio de una estrecha vinculación con el Trabajo Social. De hecho, sociólogos del Departamento de Sociología como Anderson, Shaw, McKay, Thrasher y Wirth, realizaron investigaciones directamente vinculadas con el Trabajo Social. El estudio de casos constituía entonces la perspectiva privilegiada del naciente *Social Work*. La sociología norteamericana adoptaba así una dimensión aplicada que, por lo general, estaba ausente en la tradición universitaria europea. En Chicago la sociología se nutría de la perspectiva interaccionista introducida por el Trabajo Social, una perspectiva que se vio potenciada por el pragmatismo, en tanto que escuela de pensamiento genuinamente norteamericana que se institucionalizó entre 1895 y 1900, es decir, coincidiendo con la institucionalización de la sociología en Chicago⁷.

Los principales representantes del pragmatismo en Chicago eran John Dewey y George Herbert Mead, autores que fueron referentes de los precursores del Trabajo Social, como Mary Ellen Richmond. Los pragmatistas asumían, siguiendo a William James, una concepción relacional de la verdad que, en términos sociológicos, se tradujo en una mayor sensibilidad

para escuchar el punto de vista de los actores sociales. Los pragmatistas conferían más importancia a los comportamientos, a las acciones, que a las intenciones. William James, en su libro sobre el *Pragmatismo*, planteaba la noción pragmatista de verdad como algo: «Esencialmente ligado con el modo en el que un momento de nuestra experiencia puede conducirnos hacia otros momentos a los que vale la pena ser conducidos» (Álvarez y Varela, 2004: 279). Esta corriente ejerció un enorme influjo en el nacimiento de una corriente sociológica genuinamente norteamericana conocida con el nombre de *interaccionismo simbólico*.

La verdad de los pragmatistas está íntimamente vinculada a la verificación, a la experiencia, a la utilidad, y también al sujeto individual de conocimiento. Está más abierta al futuro que al pasado y más próximo a un modelo empirista y funcional que a un conocimiento explicativo planteado en términos de causalidad histórica.

Los sociólogos de Chicago se distancian de las teorías de la *degeneración* que llevan a las patologías de la herencia; se sirvieron más bien del concepto de *desorganización social*, que confería una mayor importancia al medio ecológico, al medio social, entendido como un fenómeno colectivo más que como un fenómeno individual. La gran ciudad en expansión pasaba así a ser el espacio de observación natural de la naciente ciencia social norteamericana, pues era concebida como un mosaico de pequeños mundos en conflicto. La sociología de Chicago nace pues en el marco del análisis de la situación de las conductas desviadas y al servicio de la reforma social impulsada por la era progresista, es decir, cuando la idea de eficacia desarrollada por la industria se extendía también a otros ámbitos hasta llegar a afectar a la práctica misma de la filantropía y de la caridad.

Fruto de estas teorías, la pobreza en Estados Unidos, a finales del siglo XIX, dejaba de ser una pobreza culpable. Libros como el de Henry George, *Progress and Poverty*, publicado en 1879, y del que se vendieron dos millones de ejemplares, habían puesto de manifiesto que el problema de la pobreza no era ajeno a la acumulación irregular de la riqueza. Toda una serie de asociaciones de caridad emprendieron entonces una cruzada moralizadora en la línea de la filantropía que se había desarrollado en Europa. Al mismo tiempo, la literatura había hecho irrupción en la escena social tratando de conmover las conciencias y haciendo llamadas a la conmiseración. Pero sobre todo surgió el Trabajo Social, un movimiento práctico de estudio de la pobreza, desarrollado por mujeres de clase media comprometidas con la reforma social a partir de su contacto cotidiano con los pobres. La Hull House y Jane Addams jugaron en este sentido un papel esencial.

Llegados a este punto, nos preguntamos ¿por qué se institucionaliza la sociología en Chicago? Se pueden señalar varios factores. Uno de ellos, señalan Álvarez y Varela (2004: 274), es por la decadencia que estaban su-

friendo los estudios clásicos y humanísticos, como consecuencia de la especialización, y la presión que fuera de la universidad ejercían reformadores y *trabajadores sociales* (la cursiva es nuestra) son las que permitieron la inclusión de la sociología en las universidades americanas. Otros autores señalan el *complejo de Cenicienta* de la sociología respecto a otras ciencias establecidas académicamente. Al ser los sociólogos los recién llegados al mundo académico, la alternativa que les quedaba era ocupar los espacios libres relegados u olvidados por otros sectores más establecidos. Para otros, como Castiel (2004: 264-265), la sociología norteamericana nace a partir de una interrogación sobre la fragilidad de los vínculos sociales, y sobre el riesgo de su ruptura generada por la existencia de grupos de inmigrantes «desviados», que no se inscribían en las regulaciones comunes de la sociedad norteamericana. Otro factor, según señala el sociólogo francés Maurice Halbwachs, era el hecho de que los sociólogos no tenían que ir muy lejos de sus despachos para buscar su objeto de estudio. Se desplegaba ante ellos una gran ciudad industrial con un crecimiento acelerado en donde se daban cita los más diversos problemas urbanos, la miseria, el fraude, el contrabando de bebidas alcohólicas, las apuestas, el gánsterismo, con los centros de Trabajo Social, las ligas contra el vicio y la depravación, las asociaciones filantrópicas, y también las agencias públicas y privadas de colocación (Alvarez y Varela, 2004: 286), de las que había 200 privadas frente a tres agencias oficiales. Todos estos factores señalados son los que permitieron que la sociología se inscribiera como reflexión sobre nuestra propia vida social. Desde el punto de vista práctico, son numerosos los trabajos de campo que se hicieron por los sociólogos de Chicago en la época de Robert E. Park: *The Hobo de Nels Anderson* (1923), sobre los trabajadores temporales que recorrían Norteamérica en busca de trabajo y pasaban por Chicago en donde abundaban las agencias de colocación; *The Gang de Frederic M. Thrasher* (1927) sobre 1313 bandas existentes en la ciudad; *The Ghetto de Louis Wirth* (1928), sobre un barrio judío; *Taxi-Dance Hall de Paul G. Cressey* (1932), sobre los salones de baile y las bailarinas profesionales; *The Professional Thief* (1937) de Edwin Sutherland, sobre la vida de un ladrón profesional, etc. Otras investigaciones anteriores vienen a incidir en la importancia que adquiere la investigación para el conocimiento de la sociedad y la difusión de sus resultados, que serán los que, en cierta medida, provocarán las medidas de mejora para las clases trabajadoras y la consolidación de la democracia. Helen Campbell, en *Prisoners of Poverty* (1887), exponía la precariedad del trabajo y los bajos salarios de las mujeres que trabajaban en los negocios de costura y en los departamentos de venta de los almacenes de Nueva

York. En un estudio posterior sobre el trabajo de las mujeres en las fábricas, éste sólo tenía valor como preparación «para el hospital, la casa de trabajo y corrección y la prisión» desde el momento en que se veían afectadas por «enfermedades laborales, mutiladas por las herramientas de trabajo y corrompidas por asociados al negocio».

W. E. B. Du Bois publicó entre 1898 y 1916 *The Philadelphia Negro* (1899), un conjunto de dieciséis monografías sobre la familia, la religión, la economía, la salud y el trabajo de la gente de color. Según Putnam (1993: 528), hizo hincapié en la importancia de las sociedades secretas negras para proporcionar «distracciones de la monotonía del trabajo, ámbitos para la ambición y la intriga, posibilidades de ostentación y seguridad frente a las desgracias», prácticamente los mismos servicios que atrajeron a millones de blancos hacia aquellas organizaciones durante años.

Jacob Riis fue el más influyente de los escritores populares que hablaban de la vida en las viviendas de los barrios bajos, cuyo libro *How the Order Half Lives* (1890)¹⁰, relataba las trágicas condiciones en los mismos. Era informador de la policía y fue adquiriendo a lo largo de los años un importante número de anécdotas sobre la gente de los barrios bajos que fue utilizando de forma liberal en sus libros y artículos. En sus escritos negaba que los pobres vivieran en los barrios miserables simplemente porque fueran perezosos, inmorales, bebedores y sucios, si bien, salvo en el caso de las niñas y mujeres virtuosas, mostraba poca simpatía hacia los desvalidos y no proclamaba ninguna protesta contra la ordenación de una sociedad que confinaba a masas de hombres a llevar una vida en condiciones muy precarias. Su llamada no iba dirigida a favor de la justicia social, sino que era una llamada a las clases propietarias para que actuaran con el fin de evitar que el delito engendrado en los barrios bajos y las enfermedades que en ellos se incubaban no invadieran los confortables barrios en donde residían las damas y los caballeros. Él mismo y otros influyentes representantes del movimiento de Organización de la Caridad y del movimiento de los Asentamientos organizaron en 1905 un Comité de Publicaciones de las Sociedades de Caridad y su objetivo era hacerse cargo de partes importantes de la investigación social no proporcionadas por ninguna de las organizaciones existentes. Bajo la dirección de Edward T. Devine y de Paul Kellogg, *Charities*, que había surgido como órgano de la Sociedad para la Organización de la Caridad (COS) de Nueva York, se convirtió rápidamente en el primer periódico americano de Trabajo Social. Bajo la influencia de los informes de investigación se produjo entre 1909 y 1914 un verdadero celo de reforma. Los resultados de la investigación, especialmente los que tenían relación con el despilfarro de los recursos, fueron tomados muy en serio por una nación que estaba tomando conciencia de que la conservación era tan vital para su futuro como la explotación lo había sido para su pasado. La

investigación floreció como nunca antes lo había hecho. Una parte considerable de esta actitud fue subvencionada por la Foundation Russell Sage, que se incorpora en 1907, y estaba obligada a dotar con diez millones de dólares para la mejora de las condiciones sociales y de vida de Estados Unidos. Publicó cerca de 50 libros, entre ellos el libro de texto sobre Trabajo Social de Mary E. Richmond, *Social Diagnosis* (1917). Pero quizás la obra más influyente a la hora de producir un cambio de énfasis de la investigación social en Estados Unidos fue la extensa y minuciosa investigación de Charles Booth, sobre la vida y el trabajo de la gente de Londres, *Life and Labour or the People of London*¹, entre 1892 y 1897. En buena medida sirvió de modelo para las posteriores investigaciones sociales americanas. Esta investigación causó una fuerte impresión en la población en general y ayudó a popularizar la idea de que la mejora moral de los pobres dependía de la mejora de sus condiciones económicas, despariendo de esta manera la conciencia moral de muchos. En ella demostró que el verdadero problema de la sociedad inglesa no era el pauperismo (teoría sostenida por el gobierno), sino la pobreza real; no la excesiva confianza del socorro público, sino la absoluta y completa incapacidad de la gente para vivir por sus propios medios, por razones ajenas a su voluntad. A finales de siglo la idea de que la miseria era fundamentalmente resultado de la holgazanería, la falta de previsión y la inmoralidad estaba moribunda, y además para un número considerable de americanos esta visión ya no parecía estar acorde con los hechos de la vida real. En su lugar estaba surgiendo una actitud de simpatía hacia los pobres contemplándolos más como víctimas que como culpables.

Según Bremner (1993: 101-102), Booth tenía pasión por los hechos. Estaba insatisfecho por las especulaciones sobre la cantidad de pobreza, con las teorizaciones sobre las causas probables de la misma, y con las melodramáticas descripciones de ejemplos de miseria aislados. A la larga, la lección de este estudio fue la demostración de que la pobreza no era un problema amorfo, intangible yseudorreligioso, sino una situación concreta, susceptible de definición económica y merecedora de un escrutinio científico. El tono de sus observaciones, a juicio de Alvarez y Varela (2004: 282), se parece mucho al estudio de casos que las pioneras del Trabajo Social inglesas y norteamericanas estaban empezando a practicar. En este sentido, tanto el empirismo de las estadísticas como el estudio de casos a partir de técnicas cualitativas de observación respondían a una común concepción atomística de la sociedad inscrita en la lógica del liberalismo económico. La tradición inglesa de encuesta tuvo un fuerte peso en Estados Unidos y, consecuentemente, en la tradición de la Escuela de Chicago, pues los saberes científicos estaban al servicio de las políticas sociales.

1. El nacimiento de una nueva profesión: el Trabajo Social

En 1901 el escritor Josian Flynt, hijo rebelde y aventurero de un periodista de Chicago, publicó *Tramping with Tramps. Studies and Sketches of Vagabond Life*, unas memorias noveladas sobre la vida errante de los vagabundos. La obra fue rápidamente englobada en el nuevo género literario conocido como *realismo sociológico*. Durante cerca de ocho meses había viajado en trenes de mercancías, había pedido limosna y había vivido la aventura norteamericana de la libertad en la precariedad (Álvarez y Varela, 2004: 284). Para Bremner (1993: 190), lo notable del trabajo de Flynt reside en su aire de autenticidad. Había vivido con vagabundos y escribía como uno de ellos. Su relación de las aventuras de los mismos, basada en hechos reales, era absorbente, no porque la historia fuera conmovedora o excitante, sino porque llevaba el sello de la autenticidad. Su método era realista; en donde otros habían estudiado el problema de modo académico, él lo había examinado «sobre sus propias bases y en sus peculiares condiciones y entorno». Había llegado al método más por azar que por previa decisión, pero su éxito convenció a otros investigadores de que la aproximación científica a la investigación social había de hacerse a través de exploraciones de primera mano sobre los niveles más bajos de la vida.

Owen Kildare realizó el mismo trabajo que Flynt, pero con los pobres urbanos. Su autobiografía es *My manie Rose*, de 1903. Huérfano desde niño, tuvo que buscarse la vida y su existencia fue tan depravada, según él mismo confiesa, como el ambiente en el que vivía. Su vida dio un giro cuando una maestra le enseñó a leer y escribir, y le inspiró, ya con treinta años, el deseo de encontrar un empleo responsable. Lincoln Steffens publicó en 1904 un reportaje titulado *Shame of the cities* sobre la corrupción municipal en seis grandes ciudades. Lillian Pettengill, joven universitaria, en *Toilers of the Home. The Record of a College Woman's Experience as a Domestic Servant*, contó su paso por el servicio doméstico. Jack London contaba su experiencia disfrazado de vagabundo por el submundo londinense en *The People of the Abyss*.

En 1904, Robert Hunter escribió *Poverty* (Patterson, 1993: 20 y ss.; Bremner, 1993: 200 y ss.), basado en parte en experiencias y observaciones personales. Tras licenciarse en la Universidad de Indiana, vivió en el asentamiento de Jane Addams, la Hull House, en calidad de trabajador social. Viajó por Europa y entró en contacto con líderes socialistas y radicales. Leyó los estudios de la época sobre la pobreza: Jacobs Riis, Amos Warner, Charles Booth, B. Seebohm Rowntree. En su obra presenta una imagen de la pobreza que, aunque obvia aspectos importantes, exponía su fundamento estructural. Decía que diez millones —el 12% de la población— eran pobres en 1904, concentrándose en las zonas industriales del norte. Sólo cuatro de los diez millones recibía ayuda de la beneficencia. Su enfoque se centraba más en los problemas de los salarios bajos y el de-

sempleo, considerados por él como un mal de la industrialización. Su libro era un alegato para que la nación reconociera su obligación de asegurarse cómo les iba de bien o de mal a sus habitantes. Para Hunter, al igual que para otros científicos sociales, un «hombre pobre» es aquel que por cualquier razón no es capaz de proporcionar un nivel de vida decente para sí y para las personas que dependen de él. Mantenia que era posible determinar los componentes de lo que era un nivel de vida decente y también calcular la renta para lograrlo. Le resultaba vergonzosa la falta de información sobre su modo de vida, que dejaba ver una indiferencia hacia su suerte. La crítica a esta investigación, y otras similares, es que obviaron la pobreza agraria. No hablaron de los problemas de las zonas rurales en general, ni de los del sur en particular, y era precisamente en estas zonas donde se producía una incidencia más alta de la pobreza de la nación. No obstante, el resultado de su investigación conmovió a la opinión pública norteamericana, ya que afirmaba que en Estados Unidos existían más de 10 millones de pobres. Lincoln Steffens, cuya obra *Shame of the Cities* (1904) censuraba la miseria urbana y la corrupción del gobierno. Ida Tarbell, cuyas revelaciones en la revista *McClure's* (1905) atacaban las actividades depredadoras de la compañía Standard Oil. Upton Sinclair, cuya obra *The Jungle* (1905) censuraba los abusos cometidos contra los jornaleros inmigrantes. Paul U. Kewell comenzó a publicar en seis volúmenes *The Pittsburg Survey*, que entre 1908 y 1914 informaban sobre las condiciones de trabajo en esa ciudad industrial. William Isaac Thomas empezó a trabajar en *El campesino polaco* en 1908, cuando Helen Calver, una multimillonaria vinculada a la Hull House, le ofreció una considerable cantidad de dinero para investigar los problemas de los emigrantes. Fue uno de los primeros sociólogos pragmáticos del departamento de sociología que subrayó la necesidad de tener en cuenta el punto de vista de los actores sociales, la centralidad del sujeto, sus vivencias, sentimientos, actitudes. Se interesó por los sentimientos, las actitudes, y adoptó un punto de vista más psicológico. Si las situaciones son percibidas como reales, son reales en sus consecuencias. Introdujo innovaciones técnicas como el uso de documentos personales, cartas, historias de vida, autobiografías e historias clínicas.

Todas estas investigaciones de hombres y mujeres y sus hallazgos esperaban cambiar las condiciones despertando la conciencia de la nación. Esperaban que, una vez que los hechos fueran conocidos y sometidos al juicio público, nadie podría impedir que se iniciara el camino de las reformas sociales efectivas, ya que «el socorro de los pobres era una cuestión de derecho, no de caridad, y el tardío reconocimiento de tan indiscutible principio al cabo de los años equivalía, en el fondo y ante todo, a la proclamación de la dignidad de la persona, aun la del más pobre».

Si comparamos esta primera sociología norteamericana con la sociología europea de Durkheim o de Max Weber, se podría afirmar que la sociología de Chicago nació marcada por una triple innovación: 1) el abandono de la preocupación central del capitalismo, que hasta entonces había estado en la base de la reflexión sociológica de los psicólogos clásicos europeos; 2) la sustitución de la cuestión social por una variada gama de problemas sociales, y más concretamente por la integración de los emigrantes, los negros, los trabajadores irregulares; 3) en fin, el abandono de la sociología histórica para adaptar como modelo el paradigma ecológico de las ciencias naturales (Álvarez y Varela, 2004: 304).

Para finalizar, hacemos una breve valoración de lo que supuso este movimiento. En 1913, R. H. Tawney hizo algunas consideraciones sobre la situación de la investigación social en Inglaterra que eran aplicables casi por igual a la situación americana y a la británica:

La investigación social se ha convertido en estos últimos diez años en una industria. Mientras que el progreso se vio indudablemente retardado en el siglo XIX por el desprecio de nuestros abuelos hacia la investigación económica, parece que existe cierto peligro de que en el siglo XX pueda paralizarse a través de la supersticiosa reverencia por la acumulación de los hechos. Hay, es verdad, un considerable número de materias en la que la acción práctica se ve retrasada por una falta de conocimiento suficiente. Pero quizás hay aún más en donde el conocimiento es suficiente como para tenernos ocupados durante veinte años o más, y en donde la continuación de los males sociales no se debe al hecho de que no sepamos lo que hay que hacer, sino al de que preferimos continuar haciendo lo que está mal (Bremner, 1993: 213-214).

En Estados Unidos, al igual que en la Inglaterra de Tawney, el gran surgimiento del interés por la investigación social se produjo durante un periodo de liberalismo político. De forma similar, el desarrollo del progresismo político coincidió con el crecimiento de la investigación social. Los dos movimientos estaban tan estrechamente relacionados que es casi imposible separar uno de otro. Los ideales de justicia y democracia, desencarnados, no eran suficientes como para hacer frente a los complejos problemas de la sociedad industrial moderna. La reforma no podía ser efectuada mediante un exceso de lugares comunes proclamando la justicia, sino por denuncias generalizadas de los males sociales. La investigación, por sí sola, no podía realizar la reforma, porque la mera exposición de las perversidades no conlleva de forma automática la acción que las remedie. En conjunto, sin embargo, la primera década y media del siglo XX produjo una infrecuente cantidad de acciones de reforma social. Se trató de un tiempo en que la voluntad de mejorar las condiciones se veía guiada y fortalecida por el conocimiento obtenido a partir de encuestas prácticas,

cuando el celo de hacer el bien se veía igualado por el ansia de aprender cómo y qué hacer.

4.2. El nacimiento de las ciencias sociales

Desde finales del siglo XIX y principios del XX es cuando tienen su nacimiento y posterior desarrollo las ciencias sociales. Casi todas ellas hunden sus raíces en el esfuerzo por interpretar científicamente la condición humana iniciado durante la Ilustración, es decir, por extender lógicamente y sin solución de continuidad el método científico natural al estudio de los seres humanos y sus creaciones. Sin embargo, este esfuerzo sólo dio lugar a disciplinas sistemáticas, con pretensiones de dignidad académica, bien entrado el siglo XIX (Giner, 2008: 645). Las ciencias sociales, frente a las naturales son «ciencias del espíritu» (Wilhelm Dilthey, 1833-1911), que intentan comprender el sentido y la significación no sólo objetivos, sino subjetivos y vivenciales de épocas y eventos que son, más que físicos, humanos.

En estos momentos, tanto el Trabajo Social, como todas las disciplinas que se mueven en el ámbito de las ciencias humanas o sociales están construyendo su propia identidad, y también, por las enormes confluencias entre todas ellas, marcando distancias con las más próximas. La unidad íntima de todas las ciencias sociales ha sido siempre un hecho. Comenzaron así a nacer la sociología, la antropología, la psicología social, rodeadas todas ellas de marcos teóricos muy estimulantes. Este proceso va a llevar décadas, hasta que van apareciendo las identidades de cada una de ellas, más o menos consolidadas. Todas, no obstante, nacieron para entender los cambios que la revolución industrial y la revolución urbana trajeron consigo, pero es más, nacieron con un objetivo, que era el de su aplicabilidad; esto es, llevar los resultados de sus teorías sobre el conocimiento de la sociedad para modificar su funcionamiento, para modificarla a través de sus métodos, desde el conocimiento científico (Miranda, 2008: 19). Fueron los progresos en las ciencias naturales, los que inspiraron el desarrollo inicial de las ciencias sociales.

En Trabajo Social, el saber especializado procedía, como apunta García Salord (1998: 30), de la sistematización de las experiencias prácticas de los voluntarios, fundamentadas hasta el momento en referencias religiosas (hacer el bien por amor a Dios) y éticas (hacer el bien por amor al hombre), hasta que comienzan a apoyarse en los conocimientos derivados de las ciencias sociales nacientes, la sociología fundamentalmente, pero también la antropología, la psicología, la ciencia política, la medicina y el psicoanálisis. Así también apunta Vázquez (2003: 113) que las dificultades que ha tenido el Trabajo Social para convertirse en una disciplina social con el alcance de otras de mayor rango se debe a que nació como una actividad